

## POR UNA IGLESIA ABIERTA

Los “*Coloquios nocturnos en Jerusalén*” están protagonizados por **Georg Sporschill** y **Carlo María Martini**. El primero es un jesuita austriaco dedicado principalmente a la pastoral social. El segundo es cardenal, biblista mundialmente conocido, arzobispo emérito de la diócesis de Milán y residente en la actualidad en Jerusalén. Ha obtenido el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en el año 2000.

En estos coloquios sondean tanto las dudas como las esperanzas de nuestro tiempo. Los autores se preguntan qué puede significar la fe para la vida y qué futuro tienen los jóvenes en la Iglesia. Una página para tener en cuenta es aquella que pide que la Iglesia actual sea verdaderamente una Iglesia abierta. Recordemos sus palabras:

**-¿Usted quiere una Iglesia abierta. Tiene audacia para el riesgo. ¿En qué deposita su confianza para hacerlo?**

*-Sí, quiero una Iglesia abierta, una Iglesia cuyas puertas estén abiertas a la juventud, una Iglesia que dirija su mirada hacia un horizonte amplio. La Iglesia no se hará atractiva por adaptación ni por ofrecimientos tibios. Yo confío en la palabra radical de Jesús, esa palabra que nosotros tenemos que traducir a nuestro mundo como ayuda para la vida, como Buena Nueva que Jesús quiere traer. Traducirla no significa hacerla inofensiva. A través de nuestra vida, con el coraje de prestar oídos a la palabra y de dar testimonio de ella, la palabra de Jesús tiene que mostrar su perfil en la actualidad. Jesús quiere aliviar a los cansados y agobiados, quiere señalar a los ricos sus posibilidades y oponerse a los injustos.*

*A mí me impresiona el hecho de que Jesús pregunte: «El hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará fe en la tierra?». No pregunta: ¿Encontraré una Iglesia grande y bien organizada? Sabe valorar también una Iglesia exigua y pequeña, que tiene una fe fuerte y actúa según ella. No debemos hacernos dependientes de guarismos y de éxitos. Así seremos mucho más libres para seguir la llamada de Jesús.*

*En mis tiempos de obispo reflexioné a menudo sobre los nuevos movimientos eclesiales. Muchos han partido de Milán. He luchado con la pregunta de si nos conducen al futuro. Y, por supuesto, también me he preguntado si no hacen que los católicos buenos de siempre se vean colocados a la sombra.*

**-Usted ha tenido que tomar siempre muchas decisiones con consecuencias para el futuro. ¿Cuáles son los criterios para una decisión buena y duradera?**

*-Lo decisivo es que escuchemos al Espíritu Santo, que preguntemos tanto a Dios como a nuestros hermanos y hermanas. Junto con ellos podemos desarrollar un programa para el futuro. No funciona si un obispo parte de su opinión y la aplica sin más. Un don necesario es el valor cívico y el coraje de decir la verdad. Es importante reconocer el momento apropiado para hacerlo. Este reconocimiento es un regalo del Espíritu Santo. No siempre podemos proclamar la verdad en voz alta hacia fuera. La verdad presupone amor y sensibilidad. Los obispos no están solos, pueden escuchar la voz de sus hermanos y hermanas, la de sus colaboradores y colaboradoras.*

*La Iglesia necesita reformas internas. La fuerza de renovación tiene que venir desde dentro. No sólo el individuo, sino también la comunidad, la Iglesia local puede hacer ejercicios espirituales, arrojar una mirada retrospectiva a su camino, ver lo que se ha logrado, considerar los pecados. Puede meditar el camino de Jesús y dejarse llevar por él, dejarse plasmar por su muerte y resurrección. De allí resulta la capacidad de futuro y de allí proviene también la respuesta a la pregunta acerca de cómo y dónde se nos necesita en el mundo, en dónde quiere Jesús que lo sirvamos.*